

X

UNA TARDE EN IPRES

« En previsión de mi muerte, quiero confesar que desprecio a la nación alemana, a causa de su necedad infinita, y que me avergüenzo de pertenecer a ella. »

(*Schopenhauer.*)

« El carácter de los germanos ofrece una terrible mezcla de ferocidad y de doblez. Es un pueblo nacido para mentir; hace falta haberlo experimentado para creerlo. »

(*Veleyo Patérculo, año 1.º de la Era cristiana.*)

Marzo de 1915.

Ruinas, bajo una luz triste que parece deseosa de extinguirse antes de tiempo. ¡ Inmensas y delicadísimas ruinas ! Una perspectiva de esas finas columnatas esbeltas y de esas ojivas misteriosamente encantadoras que, desde que se les dirige la primera mirada, evocan en la imaginación la Edad Media, el arte gótico y su hermosa florecencia muy pronto desvanecida. Pero estábamos acostumbrados a que los vestigios de ese arte se nos aparecieran de un modo aislado, en

forma de una iglesia vetusta o de algún claustro antiguo que surgía entre las construcciones modernas. Mientras que aquí hay un *conjunto* : ante todo una catedral, que se prolonga en dependencias complicadas, y luego algo así como palacios, cuyas extensas fachadas con torrecillas alinean en series sus ventanas ojivales. Es un grupo casi único en el mundo, es un verdadero *barrio*, todo lleno de columnitas, de arcos y de arcaicos encajes de piedra.

El cielo se muestra bajo, sombrío, angustioso como en los sueños. Sin embargo, la noche, propiamente dicha, no ha comenzado a descender; pero, las densas nubes de los inviernos del Norte, lanzan sobre la tierra esta especie de obscuridad amarillenta.

En torno de las altas ruinas, las plazas están llenas de soldados que se detienen o que circulan lentamente, en reducidos grupos silenciosos, con aire algo grave, como recordando o esperando una cosa sabida por todos, pe rode lacual nadie habla. Hay también muchas mujeres, pobremente vestidas, con la inquietud en los semblantes, y

no faltan niñitos; pero esta humilde población civil desaparece entre la masa de rudos uniformes, casi todos deslucidos y terrosos, que evidentemente tornan de largas batallas. Los trajes amarillokaki de los ingleses y los trajes belgas, punto menos que negros, se mezclan con los capotes « azul horizonte » de nuestros soldados de Francia, que están en mayoría; la totalidad de la masa se funde en matices casi neutros, y dos o tres albornoces rojos de jefes árabes vienen a destacarse, desconcertantes e inesperados, sobre esta multitud de color de tarde brumosa y de invierno.

Ruinas, sí, pero, mirando mejor, resultan ruinas inexplicables, porque los desmoronamientos parecen de ayer, y las grietas y las hendeduras son demasiado blancas entre los tonos grises de las fachadas o de las torres; y acá y allá, por las ventanas cuyas vidrieras están rotas, se vislumbran, en los muros interiores, brillantes pinceladas de oro. Efectivamente, la destrucción no ha sido obra del tiempo; éste respetó tantas maravillas, y, hasta nuestros días, también los

hombres, aun en medio de las revoluciones de peor carácter y de las más sangrientas conquistas, nunca habían intentado aniquilarlas. Para atreverse a ello, ha sido preciso que vengan los salvajes, que aun están ahí, muy cerca, agazapados en sus agujeros de tierra fangosa, consumando diariamente su estúpida tarea, y multiplicando sus chorros de hierro, para vengarse en las cosas sagradas cada vez que sufren un acceso de rabia a continuación de un nuevo fracaso.

Cerca de la Catedral mutilada, ese palacio de cien ventanas, que todavía se mantiene casi de pie, es la famosa Lonja de los pañeros, construida en la época del gran fausto de los Estados de Flandes, y cuyos aspectos han sido vulgarizados por las artes gráficas, desde que el ensañamiento de los bárbaros le ha dado mayor celebridad. Una noche de Noviembre, aun se recuerda, el edificio de la Lonja ardió con siniestra magnificencia, en compañía del templo y de los preciosos alrededores, iluminando de rojo todas las llanuras; para consumir su obra, los alemanes echaron mano de lo mejor de su material incen-

diario; sus bombas de bencina cayeron, ocasionando estragos, y, entonces, todo cuanto la antigua Lonja contenía, todo lo que había perpetuado a través de los siglos, sus salones de recepción, sus artesonados, sus pinturas y sus libros, todo ardió como paja. Ahora que ha perdido su elevada techumbre, ha tomado cierto aspecto veneciano que llama la atención, con sus extensas fachadas llenas de hileras de ojivas con florones; en su desorden irremediable, resulta singular y encantadora. Las torrecillas simétricas, esbeltas como alminares, adosadas a los ángulos de los muros, se han librado hasta ahora de la imbecilidad de las bombas y se yerguen, todavía más audaces, desde que las armaduras de los puntiagudos techos no las acompañan en el aire. Pero la atalaya central, la que, desde la Edad Media, vigilaba las llanuras, abominablemente decapitada hoy, destrozada, hendida de arriba abajo, resiste a duras penas; unos cuantos proyectiles más y caerá desplomada de una pieza; en uno de sus costados, continúa sujeto el cuadrante de un monumental reloj destruido,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"F. R. R. R."  
1625 MONTERREY, MEXICO

cuya dorada aguja se obstina en señalar las cuatro y veinticinco minutos, — sin duda la hora trágica en que este gigante de las atalayas de Flandes recibió el golpe mortal.

En torno de la plaza mayor de Ipres, donde los esplendores de lo pasado nos fueron conservados intactos a través de los siglos, muchas casas — en su mayoría correspondientes a la antigua arquitectura flamenca, — han sido despanzurradas del mismo modo, tan sin utilidad como sin excusa, y muestran ahora sus entrañas por los enormes boquetes que les han abierto. Pero esto no lo han hecho de intento los bárbaros; lo ocurrido fué, sencillamente, que esas casas estaban demasiado próximas, demasiado en la vecindad de los sitios a que ellos apuntaban: la Catedral y el antiguo palacio. Sabido es que, de igual manera aquí que en Lovaina, Arras, Soissons y Reims, disparan con especial alegría contra los monumentos, y siempre y siempre contra lo que atesora belleza, arte o recuerdos. Así, pues, prescindiendo de su plaza histórica, la ciudad de Ipres no ha sufrido enormemente. ¡Ah, sí, ha

sufrido! Me olvidaba del Hospital, que también ha servido de blanco a la artillería; conocidas son las preferencias alemanas por bombardear asilos de heridos o de enfermos, ambulancias, puestos de socorros y carruajes con la Cruz Roja...

Todo el mundo está de acuerdo en que, haber cometido tamañas destrucciones y haber transformado en campo de escombros a esta tranquila Bélgica, que era principalmente un incomparable museo, constituye un crimen innoble y ruín; pero, además, es una obra maestra de groserísima necedad — de esa necedad que el mismo Schopenhauer no pudo por menos de celebrar, durante el arranque de franqueza de sus últimos momentos. Porque, en fin, esto sirve para firmar y rubricar su propia ignominia, y para enseñanza de los neutrales y de las generaciones futuras. Los martirizados, los ahorcados, las mujeres y los niños fusilados o mutilados, prontamente concluirán de pudrirse en sus humildes fosas anónimas, y entonces el mundo no volverá a acordarse de ellos. Pero estas ruinas por tierra, estas

ruinas de museos y de iglesias ¡ cuán abrumadoras y cuán duraderas resultan en calidad de piezas de convicción !

Después de haber realizado todo esto, acaso es más imbécil aún negarlo, negarlo contra la evidencia plena, con un aplomo que nos deja estupefactos a los franceses, o esforzarse por inventar pretextos, cuya bobería infantil nos mueve a encogernos de hombros. — « Pueblo nacido para mentir, » — dijo el escritor latino; sí, y pueblo que jamás se limpiará de sus vicios de origen; pueblo que, también, ha osado, frente a testimonios escritos absolutamente irrefutables, negar la premeditación de sus crímenes y la alevosía de su ataque. ¡ Cuánta absurda ingenuidad en la impostura ! ¿ A qué gente de pocos alcances imaginaria que iba a engañar?...

Sobre las ruinas desoladas de Ipres, la luz prosigue menguando, pero ¡ con qué lentitud lo hace hoy ! No había mucha más claridad a las doce de la mañana, en este opaco día de Marzo; únicamente se nota a esta hora alguna mayor vaguedad y tristeza en las lejanías,

y esto da a entender que la noche se avecina.

Instintivamente miran a las ruinas los millares de soldados que, en torno de ellas, dan su melancólico paseo vespertino; pero, en general, se mantienen a distancia, dejándolas en su soberbio aislamiento. No obstante, entre ellos se destacan tres franceses (probablemente recién venidos) que se aproximan con vacilación y que luego avanzan hasta colocarse bajo los arcos de la despedazada Catedral, mostrando expresión de recogimiento como si se tratase de la visita a un cementerio. Después de permanecer un rato en contemplación silenciosa, uno de ellos profiere repentinamente — ¡ ya puede adivinarse a quién va dirigida ! — esta injuria que es sin duda la más insultante que él conoce en el idioma de Francia, injuria inesperada para mis oídos, que comienza por hacerme sonreír y que, al minuto siguiente, se me antoja, por el contrario, un hallazgo : « ¡ Oh, los granujas ! » — Falta aquí la entonación, que no está a mi alcance reproducir; pero, en verdad, este cumplimiento, así pronunciado, me parece que contiene algo nuevo, para

añadirlo a tantos otros epítetos dedicados a los alemanes y siempre por bajo de la nota justa y, por añadidura, repetidos en demasía. Y el soldado, indignado, golpeando coléricamente el suelo con el pie, vuelve a exclamar : « ¡ Oh, los granujas !... ¡ Los granujas de granujas ! »

Al fin está próxima a cerrar la noche, la verdadera noche que hará cesar aquí toda apariencia de vida. Los grupos de soldados se retiran poco a poco, por calles ya sombrías y en las cuales, naturalmente, no se encenderán luces; a lo lejos, los toques del clarín los llaman a la sopa, en las casas o en los barracones donde se acostarán sin seguridad, persuadidos de que, de un momento a otro, los despertarán los cañonazos o las « marmitas » que estallan con fragor de tormenta. Pobres y valerosos hijos de Francia, que dormís envueltos en vuestros capotes azulados, imposible es calcular a qué hora será lanzada contra vosotros la muerte, desde lejos, a ciegas, a través de la obscuridad nebulosa; — porque la más amable fantasía regula este bombardeo : tan pronto es una lluvia de fuego que no tiene tér-

mino, y tan pronto no es sino un proyectil aislado que llega y mata como por casualidad. Y, aguardando la continuación del grandioso drama, las ruinas se envuelven en silencio. Acá y allá se enciende una tímida lucecilla, en alguna casa aun habitada, donde los cristales están revestidos de papel encolado para sostener los fragmentos de las próximas roturas, y donde los tragaluces de los sótanos que sirven de refugio se hallan protegidos por sacos llenos de tierra; aun cuando parezca mentira, hay personas testarudas, o demasiado pobres, o demasiado viejas, que se han quedado en Ipres, y hasta hay otras que van regresando, con una especie de resignación fatalista.

La Catedral y la gran atalaya sólo dibujan ya en el cielo sus contornos, que evocan la idea de esas actitudes inmóviles reveladoras de cansancio. A medida que la noche nos encierra más y más en su sombra densa, se recuerda mejor el fúnebre ambiente en el cual se halla hoy sumido Ipres, las inmensas llanuras despobladas, que muy pronto desaparecerán en la negrura; los

caminos rotos por barrancos que imposibilitan la fuga; los campos anegados o acolchados por la nieve; las redes de trincheras donde nuestros soldados ¡pobrecillos! tienen frío y sufren, — y muy cerca, apenas a la distancia de un disparo de cañón, esos otros agujeros, más feroces y más sórdidos, en que velan los « incivilizables » salvajes, siempre dispuestos a saltar en masas compactas, profiriendo gritos de Pielas Rojas, o a arrastrarse taimadamente para lanzar líquido inflamado sobre nuestras tropas...

¡Pero, cómo se prolongan los crepúsculos, desde hace algunos días! Sin mirar la hora, se adivina que es tarde, y la contemplación de esta postrera claridad acarrea a pesar de todo un vago anuncio de Abril; se experimenta la sensación de que la pesadilla del invierno toca a su término, de que reaparecerá el sol, el sol de la liberación, y de que hálitos más suaves van, como si nada hubiese ocurrido, a traer de nuevo flores y trinos de pájaros hasta tantísimas desolaciones, hasta tantos millares de tumbas recientes. Y, otro indicio de primavera: en la plaza

ahora desierta, tres o cuatro pequeñuelas se precipitan como locas; son pequeñuelas que, a lo sumo, tendrán seis años; evadidas de un sótano trocado en dormitorio, se cogen de la mano, tratan de bailar formando corro, cual si estuviesen en una noche de Mayo, y tararean una antigua canción de Flandes. Pero otra muchachuela, una mayorcita de diez años de edad, acude a imponerles silencio autoritariamente, les regaña cual si hubiesen cometido una inconveniencia, y las empuja hacia los subterráneos, en el fondo de los cuales, después de elevar una oración, las acostarán sus humildes mamás.

¡Indecible tristeza la de esta danza infantil, que se había esbozado allí, solitaria, a la entrada de una fría noche de Marzo, en una plaza a la cual domina el fantasma de una atalaya, en una ciudad mártir, en medio de lúgubres campos inundados, henchidos de negrura, de acechanzas y de duelo!...

Después de escritos los anteriores renglones, y no habiendo cesado el bombardeo, Ipres se ha convertido en un montón informe de piedras calcinadas.

XI

EN EL GRAN CUARTEL GENERAL BELGA

Marzo de 1915.

Dirigiéndome al Gran Cuartel general belga, donde tengo que cumplir una misión del Presidente de la República francesa para Su Majestad el rey Alberto, paso hoy por Furnes, otra ciudad inútil y salvajemente bombardeada, en la cual, bajo un cielo obscuro, se desencadenan y hacen estragos, a la hora presente, el viento glacial, la nieve, la lluvia y el granizo.

Aquí, como en Ipres, los bárbaros se han ensañado sobre todo en la parte histórica, en la anti-gua y encantadora Casa Municipal y en sus inmediaciones; a ello contribuyó, también, el que el rey Alberto, arrojado de su palacio, se instaló primeramente en el edificio referido; entonces, los alemanes, con la delicadeza que ya nadie en el



mundo les discute, eligieron en el acto esa residencia como blanco para lanzar sus « marmitas » feroces. Huelga decir que en las calles (por las cuales atraveso moderando mucho la marcha de mi automóvil, con objeto de apreciar mejor al paso « la obra civilizadora » del kaiser) casi no hay gente; tan solo se ven grupos de soldados de las distintas armas, que, con el cuello levantado o con la capucha encasquetada, se apresuran a huir del temporal, corriendo como muchachos y lanzando francañ carcajadas, cual si fuese graciosísimo este riesgo, que de momento no es de proyectiles.

¿A qué se debe el que, en la ocasión actual, no emane tristeza alguna de esta ciudad medio desierta? Dijérase que la alegría de los soldados, a pesar de lo siniestro del tiempo, se comunica a las cosas devastadas. ¡Y cómo revelan todos hermosa salud y excelente humor! Ya no tropiezo con los rostros algo despavoridos y huraños que veía al comienzo de la guerra. La vida totalmente al aire libre, asociada a la buena alimentación, ha dorado las mejillas de estos valientes

respetados por la metralla; pero, lo que ante todo y sobre todo los sostiene, es la confianza plena, la certidumbre de haber adquirido ya la supremacía y de caminar hacia la victoria. Consideran a la invasión *boche* lo mismo que a este horrible temporal, que, en resumidas cuentas, no es sino un postrero chaparrón de Marzo : ¡ todo esto va a concluir !

En un recodo, durante una clara de los turbiones, un grupito de marineros franceses surge, de improviso, ante mí. No puedo menos de hacerles señas amistosas, cual si fuesen niños a quienes me volviese a encontrar de repente en una lejana selva, y acuden todos a la portezuela de mi vehículo contentísimos de ver un uniforme de nuestra Marina. Al mirarlos tan animosos, tan guapos y con los ojos tan llenos de bondad y de vida, creyérase que los habían elegido para mostrarlos como modelos. Otros que pasaban más lejos y a los cuales yo no había llamado, acuden también a rodearme, como si fuese cosa muy natural, pero con una familiaridad respetuosísima : ¡ estamos en el extranjero, y en época de guerra !... Ayer,

según me dicen, llegaron con su batallón completo y sus oficiales, para acampar en un pueblo de las inmediaciones, aguardando la orden de lanzarse contra los *boches*. ¡Me agradaría tánte dar un rodeo para ir a visitarlos, si no estuviese apremiado por la hora de ser recibido en audiencia regia! Ciertamente me produce placer el encontrarme con nuestros soldados, pero el placer es mucho mayor tratándose de nuestros marineros, entre los cuales he pasado cuarenta años de mi vida. Aun antes de verlos, sólo el oírlos hablar me basta para adivinarlos. Más de una vez, en nuestros caminos militarizados del Norte, en plena noche obscura, cuando uno de sus destacamentos me detenía para pedirme el santo y seña, los he reconocido nada más que por el sonido de sus voces.

Uno de nuestros generales, que ejerce mando en los ejércitos de la línea del Norte, me hablaba ayer de esta graciosa familiaridad de buena ley, que reina ahora de arriba abajo en la escala militar, y que es nueva, que constituye una característica de esta guerra profundamente nacional,

en la que todos marchan cogidos de la mano. « En las trincheras, me decía, si me detengo a hablar con un soldado, los otros me rodean, para que hable también con ellos. ¡Y cada día son más y más admirables por su ardor y por su fraternidad! Si fuese posible que resucitaran nuestros millares de muertos ¡qué beneficio nos habrían hecho los alemanes, al aproximarnos sin distinción de clases, cual nos han aproximado, hasta el punto de no tener más que un sólo corazón! »

La jornada es larga hasta llegar al Gran Cuartel general. En campo abierto, hace un tiempo espantoso, huelga decirlo. Caminos destrozados, campiñas inundadas que se asemejan a pantanos, y a veces trincheras y caballos de frisa, recordando que los bárbaros están aún muy cerca. Bueno, pues a pesar de ello, todo esto, que debiera ser lúgubre, no lo es. Cada encuentro con soldados — y los encuentros son casi constantes — resulta más que suficiente para inspirar tranquilidad : fisonomías despejadas, que respiran valor y alegría. Aun los pobres zapadores que, hundidos en el agua hasta las rodillas, trabajan

para reparar los agujeros de refugio o las presas, tienen expresión jovial bajo sus capuchones que chorrean agua... En pueblecillos insignificantes ¡cuantísimos soldados belgas y franceses, fraternalmente confundidos! ¿Por virtud de qué prodigios de la Intendencia todos estos hombres están abrigados y alimentados?

Pero ¿quién decía que ya no quedaban más soldados belgas? Rectificando tal afirmación, me cruzo con destacamentos considerables, que marchan a la línea de combate, muy en orden, bien equipados y ofreciendo magnífico aspecto, con convoyes de artillería excelente y muy moderna. Nunca se elogiará bastante el heroísmo de este pueblo, que hubiera tenido razón al no prepararse para batallas, puesto que debía considerarse a cubierto de ese riesgo, por siempre y para siempre, en virtud de solemnes tratados, y que, por el contrario, acaba de sufrir y de contener el más formidable atentado de la Gran Barbarie. Desamparado al principio y casi aniquilado, se rehace y se agrupa en derredor de su Rey, sublimemente valeroso...

Llueve, llueve y estamos transidos de frío. Al fin hemos llegado, y dentro de un instante voy a ver a este Rey sin tacha y sin miedo. A no ser por las tropas y por los muchos automóviles militares, nadie imaginaria que este arrinconado pueblo pudiera ser el Gran Cuartel general. Hay que apearse del carruaje, porque el camino que conduce a la residencia regia no es más que un sendero. Entre los rudos automóviles que allí se estacionan, manchadísimos por el barro de los campos, hay uno elegante, pero que no ostenta blasón, y que en la portezuela, pintada de negro, luce únicamente dos letras trazadas con tiza: S. M. (Su Majestad), — es el *suyo*. Un rinconcito encantador de la vetusta Flandes, una antigua abadía, rodeada de árboles y de tumbas, surge ante nosotros. Bajo la lluvia, siguiendo la senda que corre al lado del cristiano y reducido cementerio, sale a mi encuentro un ayudante, amable y sencillo como sin duda lo será su soberano. A la entrada de la residencia, no hay guardias ni ceremonial alguno; un modesto corredor, en el cual tengo estrictamente el tiempo necesario

para despojarme de la capa, y, en el marco de una puerta que se abre, aparece el Rey, erguido, alto, esbelto, dejando ver la regularidad de sus facciones, con aire asombrosamente juvenil, ojos francos, bondadosos y nobles, y la diestra extendida para estrecharme la mano.

En el transcurso de mi vida, se han dignado recibirme otros reyes y emperadores; pero, a pesar del aparato y a pesar de los palacios a veces espléndidos, nunca, como en el umbral de esta casita, he experimentado el respeto hacia la majestad soberana — engrandecida aquí, de modo infinito, por la adversidad y por el sacrificio... Y cuando expreso este sentimiento al rey Alberto, me contesta sonriendo: « ¡ Oh! Mi palacio... », y termina la frase con un gesto de indiferencia, señalando el pobre decorado de la estancia. Efectivamente, es muy modesta la sala en la cual acabo de entrar; pero, no obstante, conserva cierta distinción por la ausencia absoluta de vulgaridad; un armario colmado de libros ocupa por entero una de las paredes; en el fondo hay un piano abierto, con un cuaderno de música en el

atril; en el centro, una amplia mesa cargada de mapas y de planos estratégicos; y la ventana, abierta a pesar del frío, da a una especie de jardincillo de casa parroquial, casi cercado, sin follaje, triste, y que parece que llora con la lluvia del invierno.

Después que cumplí la fácil misión que me había encomendado el Presidente de la República, el Rey tuvo la atención de detenerme largo rato a conversar. Pero si ya he sentido vacilaciones para escribir el comienzo de estas notas, las siento muchísimo mayores al tocar, por discretamente que sea, esta conversación; y además ¡ cuán pálido ha de resultar lo que yo me permita decir! Me consta que el Rey no cesa de recomendar a los que le rodean: « Sobre todo, procuren ustedes que no se hable de mí, » y conozco y comprendo muy bien el horror que le inspira todo lo que se asemeja a *interview*. Así, pues, primeramente estuve decidido a callarme; — y sin embargo, cuando se cuenta con alguna probabilidad de ser escuchado ¡ cómo no contribuir, en la débil medida de lo que se

pueda, a la difusión de la gloria de tal nombre!

Lo que ante todo sorprende en Él, es lo sincero y exquisito de su modestia en el heroísmo, y su casi inconsciencia de haber sido admirable. De la veneración que los franceses le han consagrado, y de su popularidad entre nosotros, se juzga menos merecedor que el más pequeño de sus soldados muerto en pro de nuestra común defensa. Cuando le refiero que he visto, incluso en hogares de labriegos de campos lejanos, ocupando sitio preferente, los retratos del Rey y de la Reina de los belgas, adornados con un cerco afectuosamente claveteado de banderitas de color negro, amarillo y rojo, el Soberano tiene aire de concederme escaso crédito, y su sonrisa y su silencio parecen contestarme: « Es, sin embargo, muy natural lo que he hecho; ¿acaso un rey, digno de este nombre, hubiera podido proceder de distinto modo? »

Hablamos, después, de los Dardanelos, donde a la hora actual se está jugando una partida grave; el Rey tiene la bondad de preguntarme acerca de las acechanzas de aquellos parajes, que

frecuenté durante mucho tiempo y que no han dejado de serme muy queridos. Pero, de repente, una racha más fría de viento penetra por la ventana, siempre abierta al triste jardincito; entonces, el Monarca, se levanta con graciosa solicitud, como hubiera podido hacerlo un simple oficial, para cerrar por su propia mano las vidrieras junto a las cuales estoy sentado.

Y luego charlamos de guerra, de fusiles, de artillería; Su Majestad está al corriente de todo, como un general ducho en el oficio...

¡Extraño destino el de este príncipe, que, al principio, no parecía designado para ocupar el trono, y que tal vez hubiese preferido continuar su existencia algo retraída de antaño, al lado de su augusta y amada compañera la princesa Isabel! Cuando, brusca e inesperadamente, la regia corona ciñó sus sienes juveniles, el nuevo soberano pudo creerse con derecho para esperar una era de profunda paz en medio del más pacífico de los pueblos, y, por el contrario, la fatalidad le ha deparado el más espantosamente trágico de los reinados. De la noche a la mañana, sin desfalle-

cimientos, sin la menor vacilación, desdeñando los compromisos que, siquiera temporalmente, habrían podido, con perjuicio de la civilización universal, preservar algo sus ciudades y sus palacios, irguióse, ante la embestida del Monstruo, como un magno rey guerrero, al frente de un ejército de héroes.

Hoy, evidentemente, no duda de la victoria, y su lealtad le hace sentir plena confianza en la lealtad de los aliados, que de seguro quieren devolver la vida a su Bélgica; no obstante, tiene empeño en que sus soldados cooperen, con todas sus últimas fuerzas, a la liberación, y en que permanezcan hasta el final en el puesto de peligro y de honor. ¡Saludémosle reverentemente!

Otro, menos noble que él, tal vez se hubiese dicho: « He pagado ampliamente mi deuda a la causa universal; mis tropas han levantado el primer muro contra la barbarie; mi país, pisoteado primero que todos por los brutos alemanes, no es más que un campo de ruinas; ¡basta con esto!»

Pero no, quiere que Bélgica tenga su nombre

inscrito en una página aun más hermosa, al lado de Servia, en el áureo libro de la Historia.

Y así se explica por qué he encontrado, al venir, esas valiosas tropas, ágiles y llenas de ánimo, confortadas maravillosamente, que se dirigían a la línea de combate a continuar la santa lucha.

Ante Él ¡inclinémosnos, pues, hasta el suelo!

Anochece cuando, terminada la audiencia, vuelvo a encontrarme en el sendero de la Abadía. Durante el trayecto de regreso, mientras recorro estos caminos destrozados por la lluvia y hundidos por los acarrees militares, permanezco bajo el encanto de la acogida que el Rey me ha dispensado. Y comparo a los dos soberanos situados, por decirlo así, en los dos polos de la Humanidad: éste, en el polo luminoso; aquél, en el polo negro; aquél, el de allá, hinchado de hipocresía y de presunción, monstruo entre los monstruos, con las manos chorreando sangre, con las uñas llenas de carne desgarrada, y que aun se atreve a rodearse de pompa insolente; — éste, el de aquí, relegado sin murmurar protesta en

una casita de pueblo, en el postrer jirón de su reino mártir, pero hacia el que llega, de toda la tierra civilizada, el concierto de las simpatías, de los entusiasmos y de las glorificaciones magníficas, y al cual están reservadas las más puras e inmortales coronas.

## XII

ALGUNAS PALABRAS PRONUNCIADAS POR  
S. M. LA REINA DE BÉLGICA

« Todo el mundo sabe qué caso ha de hacerse del rey de Prusia y de su palabra. Ningún soberano de Europa ha podido sustraerse a sus perfidias. ¡Y un rey semejante quiere imponerse a Alemania como dictador y protector! Con ese despotismo renegador de todos los principios, la monarquía prusiana será algún día un manantial de infinitas desventuras, no sólo para Alemania, sino para toda Europa. »

(La emperatriz MARÍA TERESA.)

Marzo de 1915.

¡ Me produce el efecto de que está lejos, lejos y perdido, este refugio de la perseguida Soberana! No sé cuántas horas hace que mi automóvil, con los cristales azotados por la lluvia, rueda envuelto en la penumbra de los chaparrones y del anochecer, cuando el suboficial belga que